



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

¡El camino de la completa fidelidad!

Exposición del Mensajero del Eterno

LOS maravillosos mensajes que nos han dejado los profetas, y sobre todo los de nuestro querido Salvador, son radiantes vuelos en el Reino de Dios. Sus mensajes nos revelan el misterio de la piedad. El Hijo del Omnipotente vino a la tierra para abrir el misterio de la piedad, que es el del amor divino. Su amor limpia todo lo que está sucio, y devuelve la vida a lo que estaba muerto.

El misterio de la iniquidad y el de la piedad están totalmente encubiertos a los seres humanos. No perciben las tinieblas en las cuales están sumidos. Tampoco nosotros las percibíamos. Sólo hemos empezado a ver un poco más claro gracias a las fulgurantes luces que nos han sido traídas por el mensaje de la verdad.

La cristiandad sabe que el Señor Jesús vino a la tierra, para que los seres humanos cambien su manera de vivir, pero nada se hace para ello. El misterio de la piedad sólo puede ser comprendido por los que se esfuerzan en vivirlo, los demás no entienden nada. El Señor Jesús dice: "Yo te daré un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe". El misterio de la piedad es el poder que introduce el Reino de Dios.

Actualmente vivimos en el tiempo en que comienza a manifestarse la gran tribulación. Sólo la santidad de la conducta y la piedad pueden acortar este tiempo de angustia. Es la santa asamblea de los hijos de Dios que tiene el poder de hacerlo, precisamente mediante los esfuerzos de su alma.

Hay muchos llamados, mas pocos escogidos, es decir, pocos que realicen el programa divino. Ahora la verdad es traída con una claridad que no da lugar a dudas. Lo que importa es poder cristalizarla en nuestro corazón con la ayuda del Eterno. Esta ayuda nos está asegurada tan pronto como hacemos esfuerzos por vivir los caminos divinos.

Isaías hizo descripciones del Señor Jesús mucho tiempo antes de que naciera de la virgen María. En su capítulo 53 da muchos detalles acerca del Señor. Podemos fácilmente reconocer la imagen de nuestro querido Salvador y las referencias a su ministerio.

El profeta Isaías muestra que nuestro querido Salvador no se presentó como una personalidad especial, con prestancia y etiqueta para causar una impresión fenomenal. Nada de esto. Por eso no se le prestó especial atención.

Una vez, cuatro mil personas y otra vez cinco mil, le siguieron porque querían obtener de él una ventaja personal egoísta. Estas gentes querían ser consoladas, querían ser sanadas, etc., pero no querían vivir las condiciones. Tan

pronto como el Señor les mostró lo que había que realizar, todas se fueron.

Actualmente es lo mismo. Muchos quisieran las ventajas, pero no las condiciones. Es simplemente así porque los seres humanos no pueden comprender toda la inefable belleza del programa divino, y la completa liberación que esto representa para ellos.

En cuanto a nosotros, a veces es también lo mismo en ciertas direcciones. En efecto, si de veras estuviéramos conscientes de la grandeza y de la belleza de lo que se nos ofrece por la gracia divina, entonaríamos continuamente cánticos de alegría.

En este mismo orden de ideas debemos también considerar la justificación que se nos concede por la sangre gloriosa de nuestro querido Salvador, derramada a nuestro favor. Es una potencia inexpressable que está puesta así a nuestra disposición, sin la cual estaríamos destinados para siempre a la destrucción. Esta justificación representa todo el trabajo del alma de nuestro querido Salvador, todos sus esfuerzos de fidelidad, de abnegación y de sacrificio. Esto debe hacer vibrar las cuerdas más íntimas de nuestro corazón.

¡Cuán alentadoras son las palabras del apóstol Juan que dicen de parte del Señor: "Si tu corazón te condena, mayor es Dios que tu corazón"! Esto significa que, a veces, podríamos sentirnos desconsolados al darnos cuenta de tantas pobreza personales. Esto proviene, desde luego, de que pensamos todavía demasiado en nosotros mismos.

Mas el Señor nos afirma que si personalmente somos incapaces, todo lo podemos por aquel que dio su vida por nosotros y que nos fortalece. Por eso ¡qué gratitud deberíamos sentir por su benevolencia y sus beneficios!

Cuando consideramos así las cosas, debemos reconocer que todavía somos muy duros y secos, y que aún hay todo un trabajo por hacer en nuestro corazón para que pueda enternecerse suficientemente. Por eso ciertas pruebas nos son indispensables.

El sufrimiento también es un maravilloso educador, como yo mismo lo he podido experimentar. Pues cuando en silencio el sufrimiento invade al hombre, entonces su corazón puede acercarse cada vez más al conocimiento de los caminos divinos y asemejarse al carácter de nuestro querido Salvador, adquiriendo así sumisión y completa confianza.

El Señor también tuvo que aprender la obediencia, por las cosas que padeció, y no quedó exento de ellas. Es esto lo que da madurez al carácter y un magnífico discernimiento. Adquirimos así una profunda y valiosa comprensión

de la obra de Dios, del trabajo del alma del Eterno y de nuestro querido Salvador a favor de los seres humanos. Nuestro querido Salvador pasó por muy grandes sufrimientos y derramó su alma hasta la muerte; fue contado entre los malhechores, y todo esto para asegurar nuestra salvación.

Por otra parte, podemos también ponernos en el lugar del Omnipotente para comprender y percibir todo lo que le costó, y el terrible sufrimiento que experimentó al ver a su Hijo clavado en el madero. Si no somos seres del todo insensibles, seguramente que nuestro corazón se enternecerá al pensar en la inmensidad del amor que desplegó el Eterno a favor de todos los seres humanos.

¡Cuán conmovedor sería para su corazón de Padre oír a su Hijo tan fiel y sumiso decirle: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Y el Hijo aceptó morir para asegurar el rescate de la pobre humanidad caída en el pecado.

¡Y el Omnipotente previo este rescate antes de la fundación de la tierra, y continuó su plan sin debilidad ni retraso! ¡Cuán valor y perseverancia requirió! Todo esto nos enseña a conocer al Eterno, a comprenderlo algo mejor. Entonces podemos sentir que es un ser inefablemente bueno, maravillosamente amable, lleno de emotividad, de apego, de benevolencia y de fidelidad, de un amor insondable en favor todas sus criaturas.

Es cierto que cuando el arado ha pasado en lo más recóndito de nuestro corazón, podemos sentir y vibrar mucho mejor con estas sublimes manifestaciones de la misericordia divina; prueba que nuestro corazón de piedra empieza a convertirse en un corazón de carne.

Nuestro querido Salvador dio un grandioso testimonio de amor a su Padre. Cuando resonó el llamado: "¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?" nadie se presentó. Desde luego, conviene darnos bien cuenta de que los ángeles y principados celestiales habían visto todo el proceso de los acontecimientos con el hijo de la Aurora, y cómo éste se había desviado tan infelizmente del glorioso ministerio que le había sido confiado.

Los ángeles vieron todo este drama, la caída de Lucifer y de otros muchos ángeles que él arrastró. Vieron la caída del hombre y la maldición que se extendía a los seres humanos; también a toda esta tierra que habían aclamado con gritos de gozo cuando la vieron aparecer, como obra creadora del Logos.

Así que, es fácil comprender que nadie se precipitara para responder al llamado. Incluso está referido que hubo un largo silencio, y que Juan, en su visión, lloró amargamente. Fue en-

tonces que el Hijo se adelantó y dijo: "He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, tu ley está en mi corazón".

Naturalmente, todo había sido previsto de antemano por el Omnipotente. Él sabía que su Hijo no dejaría su llamado sin respuesta. Por eso fue descrito de antemano como un Cordero inmolado. Por lo demás, en las Escrituras hay también una ilustración de cada uno de nosotros. Nuestra historia se encuentra delatada en ellas. Pues somos llamados, ya sea al real sacerdocio o a la vida eterna en la tierra.

Los que no triunfan en la carrera del alto llamado, son mostrados en la Biblia como formando parte de la gran compañía. Los que se apartan voluntariamente y se vuelvan enemigos determinados, son mostrados como precipitándose ellos mismos en la destrucción. Será también el caso para los que sean voluntaria y definitivamente recalcrantes en el tiempo de la restauración de todas las cosas. Todo esto está descrito de antemano.

Somos nosotros mismos quienes nos clasificamos, según nuestra actitud frente al programa divino. Todo nos está ofrecido para tener éxito. Somos llamados a ser vencedores y no vencidos. Nuestra victoria o nuestra derrota procederá únicamente de la actividad de la indolencia que hayamos puesto para la reforma de nuestros sentimientos.

En todo caso, el Señor pone todo en obra para que triunfemos. El nos ama, se ha apegado a nosotros, y hace concurrir todo para nuestro bien; pero no puede violar su ley ni sus principios a causa nuestra. Toca a nosotros, pues, conducirnos según el programa divino, que es justicia, sabiduría y amor.

La lección que hoy se presenta a nosotros, es una lección de aprecio al glorioso llamado que el Señor nos hace. Sólo así podemos realizarlo en el fondo de nuestro corazón, en espíritu y en verdad, y no en teoría solamente. Nada debe sernos tan santo, querido y precioso como el ministerio que el Señor ha tenido a bien confiarnos. Por eso, cada día debemos tener esta actitud del corazón: "He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad".

Nuestro querido Salvador tenía ante sí una obra colosal por realizar. Enseguida después de su bautismo, se apartó en el desierto durante cuarenta días y cuarenta noches con objeto de orar. El quería estar en intensa comunión con su Padre, a fin de recibir de El las instrucciones para su ministerio.

Allí el Señor recibió la comprensión de todo lo que el Eterno le pedía, y de toda la amplitud del ministerio que se trataba de realizar. Todo el plan de Dios le fue descubierto. Pudo darse cuenta de toda la hilera que había de pasar para efectuar el salvamento de los seres humanos.

Inmediatamente después, Satanás vino a tentarlo tres veces repetidas. El Señor Jesús resistió a todos sus ataques de un modo grandioso, a la honra y gloria del Eterno, y continuó su ministerio con una fidelidad a toda prueba, hasta derramar su sangre en Gólgota. Después llamó al pequeño rebaño y éste cumple todavía con su ministerio. De esta manera todo lo previsto por el Eterno se está realizando, y llegará a término magníficamente.

Actualmente hemos llegado al tiempo de la restauración de todas las cosas, y los últimos miembros del cuerpo de Cristo en la carne están afirmando su vocación y su elección. El Señor tiene paciencia con nosotros, para que alcancemos la meta. ¡Cuánto esto nos habla

para que no permanezcamos tibios, sino para que pongamos en ello todo nuestro celo y hagamos lo necesario!

¡Qué alegría debemos experimentar al saber que todo lo nuestro lo ha visto de antemano el Omnipotente, y que, si lo queremos, todos tenemos la perspectiva de un maravilloso porvenir! Ya cuando era niño, yo me había preguntado: "¿Es que de veras los hombres sólo están en la tierra para comer, trabajar, y luego morir? A mí me parece que debe de haber otra cosa mejor". Ya durante mi infancia yo tenía el presentimiento en mi corazón de que para el hombre había una liberación.

La primera vez que leí estas palabras de nuestro querido Salvador: "Yo soy el camino, la verdad y la vida", experimenté una gran alegría; pero no sabía exactamente su origen. Pues no podía comprender todo su significado. En suma mis sentimientos hablaban mucho más que mi razón.

Luego quise ser un discípulo, y comprendí que había de amar a mi prójimo. Entonces yo me dije: "Hay muchas personas que no amas, por lo tanto, te toca aprender a amarlas". Pero yo no sabía cómo arreglármelas.

Después leí este otro pasaje: "Ninguno puede ser mi discípulo, si no renuncia a sí mismo". Desde luego no sabía en qué consistía, pero lo intenté. De esta manera se me fue revelando el misterio de la iniquidad, aunque sólo poco a poco. En efecto, nunca hubiera yo pensado que los seres humanos fueran tan corrompidos, y particularmente yo mismo.

Yo también creía que el Eterno era muy religioso, que castigaba, y le tenía temor. Cuando le tenemos temor a una persona, no la podemos amar, es imposible tenemos que sentirnos atraídos hacia ella, y para esto no hay que temerla. En cuanto a mí, al querer imitar los sentimientos de nuestro querido Salvador en su amor sublime, poco a poco se me ha ido revelando el carácter divino en todo su esplendor y en toda su limpidez.

El maravilloso poder del amor divino es como un hilo de oro que atraviesa toda la Biblia. Entonces he podido alabar al Eterno con todo mi corazón y acercarme a El con seguridad, porque sentía que era el Dios de amor, el Dios de todas las compasiones y de todas las misericordias. Comprendía que era como mucho demasiado noble y sabio para castigar.

Para poder comprender el corazón del Eterno, debemos procurar vivir prácticamente lo que El nos propone. Cuando nos esforzamos en amar a los que nos hacen mal, en bendecir a los que nos maldicen, en orar por los que nos persiguen, es que comprendemos el valor del sacrificio de nuestro querido Salvador. Pues él, injuriado no devolvía injurias. Todo lo soportó por amor. El se dejó inmolar voluntariamente para asegurar nuestra salvación, a pesar de que fuéramos enemigos de Dios.

Lo podemos comprender cuando tenemos un pensamiento amable a favor de fulano o mengano a quien quisiéramos hacerle el bien. Pero de pronto nuestro amigo se declara abiertamente nuestro enemigo, nos calumnia y nos hace el mal; entonces podemos ver lo que esto produce en el corazón.

Tener el valor de tender un puente, de dejar valer el amor, y sólo el amor, contrarrestar el odio que nos tiene con el maravilloso sentimiento del amor, no es cosa de poca monta para el pobre corazón humano torcido por el egoísmo. Pero es la resplandeciente victoria del bien sobre el mal. Esta victoria ha sido realizada por

el Eterno, por nuestro querido Salvador y por todos los hijos de Dios fieles.

También nosotros debemos lograr esta victoria en nuestro corazón. Es al copiar de nuestro querido Salvador como podemos sentir todo lo que vale el trabajo de su alma. Entonces, con el pensamiento, podemos ponernos en su lugar, y sentirnos penetrados de parte a parte por el poder de amor que se desprende de su obra de redención.

Todavía hay una dureza y una insensibilidad fantásticas en el seno de la familia de la fe, porque no vivimos suficientemente el programa divino. De vivirlo en toda su intensidad, pronto se formaría un hogar incandescente y luminoso; un poder vitalizador se desprendería de nosotros y se comunicaría a nuestro entorno como una fuerza irresistible, trayendo esperanza, paz y bendición.

Es indispensable que nos desprendamos de la religiosidad que todavía hay en nosotros. Debe cambiar nuestro corazón. La verdad nos es dada para transformarnos. En el transcurso del día debemos hacernos constantemente estas preguntas: "¿Es el Reino de Dios el sentimiento que me anima? ¿Es para la bendición la palabra que digo? ¿Es que edifica a mi prójimo el gesto que hago?"

Somos espectáculo a los hombres y también a los ángeles. Por tanto, nunca estamos solos, ni de día ni de noche. Como hijos de Dios, es conveniente que podamos dar un bendito testimonio en cada instante del día, en dondequiera que estemos.

Por eso, el apóstol Pablo nos dice específicamente que, si hemos sido rescatados a gran precio por la sangre del Cordero de Dios, sin defecto y sin mancha, no nos pertenecemos más a nosotros mismos.

El maravilloso mensaje libertador que hemos recibido, debemos propagarlo a nuestro alrededor. El Señor nos invita a colaborar con él para la introducción del Reino de Dios en la tierra, lo que es un ministerio inefable. Por lo tanto, debe ser el único propósito de nuestros esfuerzos.

Los que corren para la carrera del pequeño rebaño tienen que ser fieles hasta la muerte, y los miembros del Ejército del Eterno fieles hasta la vida. Por lo tanto, seamos consecuentes con el maravilloso programa que se nos abre ahora para que podamos realizar nuestra vocación y nuestra elección, a la gloria del Eterno.

Preguntas para el cambio - del carácter -

1. ¿Hemos podido ser sencillos, naturales, amables, dóciles, llenos de las reacciones emotivas por los caminos divinos?
2. ¿Hemos apreciado las pruebas purificado-ras, podido vencer nuestro egoísmo, ser consecuentes y fieles hasta en los detalles?
3. ¿Nos sentimos por el camino de la victoria porque quitamos de nuestro corazón todo lo que intercepta al espíritu de Dios?
4. ¿Hemos sido agradecidos, dado siempre la prioridad al Eterno, amado y dejado algunos viejos hábitos?
5. ¿Hemos combatido la indiferencia, dado la nota justa del Reino, vencido la enemistad y el descontento, amado y consolado?
6. ¿Hemos traído impresiones de humildad, sido un motivo de confortamiento, de bondad, colaborado con dicha y aprecio?